

Un papa para todos los canales

Régis Debray

La cobertura de los medios globales de la muerte del papa Juan Pablo II evocaba para algunos comentaristas la profecía atribuida a Malraux de que “el siglo XXI será religioso o no será”. Aunque ¿cuál de los treinta siglos ha dejado un registro escrito de no ser religioso?: XVIII, el de las Luces, quizá, pero sólo superficialmente. Malraux mismo era profundamente religioso. Él sabía que la ciencia no podía crear nexos entre la gente; que las relaciones entre las conciencias humanas son imaginarias o no son. El resurgimiento de las pasiones sacramentales al final del siglo XX debería sorprender sólo a aquellos que se casaron con el credo *naïve* del siglo XIX, de que el progreso de la ciencia y la tecnología quitaría del camino las supersticiones y las creencias; que la religión era un desecho, un residuo irracional que el futuro borraría.

Ni las normas jurídicas ni los intereses económicos son suficientes para crear una colectividad consistente, un sentimiento de pertenencia o de destino compartido. Se requiere de un principio unificador, ya sea divino o humano, sobrenatural o mitológico; uno que sea ne-

cesariamente superior al plano contingente en el que vivimos. “¿En qué nos convertiríamos –pregunta Paul Valéry– sin el auxilio de lo que no existe?” Esto es lo que se quiere decir con comunión, como término neutral, ni bueno ni malo; una declaración de hecho. Las religiones reveladas han proporcionado sólo una versión tardía de esto, una marginal en términos históricos. El único Dios personal es de hace 2 500 años. La primera tumba conocida como una primera indicación de la creencia en lo invisible, es de hace 300 mil años. Es lo sagrado –ya sea secular o confesional, histórico o sobrenatural– lo que es universal; no la escritura, el dogma, el credo, la revelación.

La búsqueda de comunión es lo que está detrás de las oleadas actuales de religiosidad: el gozo de estar juntos, la felicidad de mezclarse, de ir hombro con hombro en una multitud conscientemente estructurada. Las carencias ceremoniales de nuestra sociedad posmoderna crean un vacío que necesita llenarse. Los filósofos de los últimos cincuenta años –individualistas y libertarios, antitotalitarios y liberales– tienden a describir la euforia como algo desagradable. Hablan de



derechos, de género, de lenguaje, de libertad, de valores, pero nunca de fraternidad. El comunismo es una palabra sucia que no debe pronunciarse en la nación o el Partido. Los rituales cívicos están en decadencia. Los deportes y el papa son todo lo que queda, junto con los conciertos pop, como minisustitutos para los jóvenes o las sectas o para las almas perdidas. El funeral del papa—simplemente como espectáculo, sin ningún compromiso personal con la ceremonia— le dio a pocos espectadores la oportunidad de disminuir la nostalgia de comunidad a una escala global.

¿Qué otra cosa puede competir con eso?

Una religión proselitista desplegará inevitablemente los medios a su disposición. El catolicismo romano ha sido ultramoderno en este sentido: las escrituras, la imagen impresa en el lienzo, el libro, el resumen, los vitrales. Es el único monoteísmo que tiene autorizado el uso de imágenes; "La Biblia de los idiotas", en palabras de Gregorio VII, hablaba mejor a través de los

vitrales que en la televisión. La idea era utilizar la debilidad de los hombres: su mirada, lo mejor para salvarlos. Durante la era de la impresión, la grafoesfera impulsó el avance de las reformas protestantes. "Después del papa, el papel", dijo Victor Hugo. Pero después del papel, en la era de la pantalla: el papa. El advenimiento de la videoesfera obró milagros para un sentido de la religión con lujo de rituales. Sin embargo, los iconos tienen un parecido cercano con el ídolo. En lugar de venerar lo invisible a través de la imagen visible, se adora la imagen misma. El ídolo se vuelve un tótem; la doctrina, el guión. Juan Pablo II fue un papa actor consumado, muy dotado para el escenario. Fue un gran campeón en bendecir en vivo en la pantalla, la videoesfera misma sacralizada.

El papa mismo era también una pantalla, un espejo de proyecciones del deseo. Pero tras ello lo edificado se agrietaba: pocos sínodos y conferencias episcopales, la investigación teológica llevada con rienda estrecha, el ecumenismo en crisis. La conducta y la doctrina no siempre se corresponden; tienen una relación esquizoide. Tanto en la Iglesia como en el

Estado, la hipervisibilidad del Jefe tiene una función autoritaria en la que hacen cortocircuito los cuerpos intermedios. El modo de dirigir la televisión aumenta esta tendencia. La verdad ya no va a buscarse en las escrituras o en la institución, sino en la persona del Jefe.

Pero las religiones que han conquistado ahora el mundo, el islam y el neoprottestantismo carecen de iglesia, líder, pompa y ceremonia. Ofrecen un código cotidiano de conducta y no una tradición teológica, una cercanía y una accesibilidad que las hace más calurosas y personales que el catolicismo. El espectáculo sólo gobierna la sociedad del espectáculo. El globo, si descartamos a China, India, los países islámicos y el bloque ortodoxo, es sólo un universo parcial. Polonia e Italia no son el ombligo del planeta. Si por un día o dos pueden convertirse en el centro de la red global de las imágenes, es sólo porque el Occidente puede apropiarse así por todo el mundo del milagro de la hegemonía.

©Liberation, julio de 2005. *New Left Review*, agosto de 2005.

Traducción: Alicia García Bergua.

